

En las recientes elecciones presidenciales en Chile, la ciudadanía, ejerciendo su derecho soberano, castigó con su voto a la Concertación que gobernó al país durante veinte años. La coalición que, desde 1989, había ganado 21 elecciones consecutivas para renovar autoridades locales, parlamentarias y presidenciales, en esta oportunidad fue derrotada por un candidato que prometió al pueblo de Chile “El cambio”.



Michelle Bachelet,
presidenta saliente.

EL TIEMPO DE SABER QUIÉNES SOMOS

Por YASNA PROVOSTE CAMPILLAY
y CHERIE ZALAQUETT

Del éxito aparente a la derrota real

Durante estos 20 años de gobierno, el reconocimiento internacional a los avances del país, desde la perspectiva del neoliberalismo, ha sido indiscutible. En salud, se triplicaron los presupuestos de la nación y se estableció, a partir de 2002, un sistema de garantías de acceso universal financiadas como un derecho para todos los ciudadanos, que cubre las principales patologías que sufre la población y que hoy alcanzan a más de 56 enfermedades. La Concertación recibió el país en 1990 con un 38,6 por ciento de compatriotas viviendo en situación de pobreza. A través de la implementación de políticas públicas, como “Chile solidario”, hoy esta realidad se redujo a un 13,7 por ciento, mientras que la extrema pobreza cayó de un 12,6 por ciento a un 3,2 por ciento en el mismo período.

En materia educativa, no sólo se incrementaron los presupuestos vigentes, se han mejorado además los sueldos de los profesores y se ha renovado la infraestructura educacional. Asimismo, se

creó una subvención educacional preferencial para los alumnos de familias con mayores carencias, lo que representa un logro relevante en el camino de lograr más calidad y equidad en la educación.

Esta iniciativa permitió entregar más recursos a las escuelas que acogen a los estudiantes de familias más vulnerables, ya que se reconoce el esfuerzo significativamente mayor que deben hacer estos establecimientos para educar a los alumnos que traen consigo menor capital cultural.

La vivienda social ha tenido un incremento jamás logrado en la historia de nuestro país, más del 73 por ciento de los chilenos son dueños de la casa en que viven; en los hogares existe una cobertura casi total de electricidad y más de un 95 por ciento de la población cuenta con solución de agua potable y alcantarillado.

Recientemente, la reforma al sistema previsional ha permitido asegurar que todo chileno o chilena que no logró ahorrar lo suficiente en su vida laboral, pueda acceder a una pensión mínima con el aporte solidario del Estado.

Chile se insertó en el mundo como nunca antes. La diversificación del mercado nacional permitió aumentar las exportaciones e importaciones, lo que junto a una amplia red de acuerdos comerciales internacionales suscritos contribuyó a la presencia de los exportadores chilenos en los principales mercados globales. Finalmente, para coronar estas décadas del éxito aparente, Chile ingresó con membresía plena a la OCDE (Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico), el club de las naciones más desarrolladas del mundo. Este hecho ratifica el esfuerzo realizado durante estos veinte años por los gobiernos de la Concertación para mostrar a Chile como un país estable y confiable ante las instituciones internacionales que evalúan los estándares de desarrollo capitalista. Y es al mismo tiempo un reconocimiento a la implementación de políticas públicas inclusivas, integrales y progresivas orientadas a disminuir el impacto del modelo capitalista en los sectores de la población que quedan marginados del marco de desarrollo centrado en el mercado.

Sin embargo, todas estas luces de éxito aparente nos llevaron a una derrota real. Por una parte, a consecuencia del agotamiento del proceso de democratización, que se tradujo en una transición política que se prolongó por casi 20 años. Y por otra parte, porque en el intento de sacar adelante esa transición y al mismo tiempo implementar las diferentes iniciativas en beneficio del país, se apostó por una política de acuerdos y de consensos que a la larga terminó por difuminar las diferencias con la oposición. En ese pacto de gobernabilidad y neoliberalismo, la Concertación se fue haciendo “mortalmente parecida” a la Alianza por Chile. Y el resultado fue que el conjunto de medidas destinadas a equilibrar el estímulo al crecimiento económico y al libre mercado con la equidad social, nunca lograron en veinte años el impacto necesario para construir una nación más igualitaria. Y Chile hoy tiene el triste récord de ser el tercer país con peor distribución del ingreso en América Latina, un continente que además está calificado como el más desigual del mundo.

En estos 20 años, el arcoiris de la Concertación acogió las esperanzas de toda una generación chilena que sufrió la insensibilidad política y económica de la dictadura. Pero las estrellas multicolores de esa diversidad de esperanzas fueron apagándose progresivamente frente al mandato imperativo de una institucionalidad heredada y amarrada que fue postergando indefinidamente las aspiraciones y los sueños de muchos en aras de mantener los privilegios de unos pocos. El enojo de la ciudadanía chilena se expresó en un castigo a la Concertación desalojándola del poder.

Enojo político: En estas elecciones presidenciales más de cinco millones de chilenos en edad de inscribirse en los registros electorales, no lo hicieron; o estando inscritos se excusaron para no sufragar, o votaron nulo o blanco. Esa es la auténtica primera mayoría de estas elecciones presidenciales. Los partidos políticos no supieron leer adecuadamente esta frustración de la ciudadanía con nuestro modelo de democracia y sobre todo con los propios partidos. Las encuestas señalan que

sólo uno de cada diez chilenos confía en los partidos políticos y únicamente tres de cada diez chilenos consideran que la Constitución Política del Estado los representa.

Enojo social: Los jóvenes estudiantes secundarios se movilizaron en todo el país para exigir una educación de calidad. Ellos no estaban solos, contaban en primer lugar con el apoyo de sus familias que constatan día a día cómo las oportunidades se dan de manera tan desigual en Chile, donde no basta tener capacidades y mérito, pues la cuna, el origen social sigue siendo determinante en esta sociedad. Miles de funcionarios públicos se han movilizado para mejorar sus remuneraciones y exigir mayor estabilidad laboral, tal como se prometió durante la campaña de la actual Presidenta. Ellos no fueron escuchados. Los profesores protestaron durante semanas en demanda del pago de una deuda histórica que se arrastra desde la dictadura. El gobierno de la actual Presidenta desconoció la existencia de la deuda. También se manifestaron los subcontratistas y muchos gremios, (salud, asistentes de la educación, trabajadoras de jardines infantiles, entre otros). Es necesario preguntarse entonces cuál es el elemento común a este enojo extendido de la ciudadanía. Y la respuesta apunta a que estos éxitos aparentes de la macroeconomía chilena no van acompañados de una mejoría estable y sostenida de los sectores medios y emergentes, los cuales ven con enorme preocupación cómo los ricos se benefician del mercado, le rinden culto y hacen ostentación de su poder. Y los sectores más pobres son beneficiados por un Estado que focaliza todas sus políticas públicas en ellos, desatendiendo a la clase media.

Enojo ambiental: Cada vez más, la mayoría ciudadana, y especialmente la juventud, rechaza los grandes proyectos que aparentan incrementar el empleo y el desarrollo (minero, energético, acuícola, entre otros), pero que se ejecutan a costa de depredar salvajemente los recursos ambientales no renovables. Un ejemplo de esto son los planes fuertemente resistidos por la comunidad de Pascua Lama y la central hidroeléctrica

en Aysén, pues ambas iniciativas amenazan el patrimonio ambiental de esas zonas.

Enojo de nuestros pueblos ancestrales. Desde la constitución del Estado Nacional chileno, nuestros pueblos originarios han debido enfrentar diversas políticas que afectan profundamente su identidad cultural. Actualmente el pueblo mapuche está en un violento conflicto con el Estado que ha puesto en peligro su propia existencia como pueblo. El Estado neoliberal, tanto durante la dictadura como durante la democracia, ha buscado controlar al pueblo mapuche e integrarlo subordinadamente a la nación chilena. También introdujo la propiedad privada de la tierra por sobre la propiedad comunitaria colectiva, lo que destruyó un aspecto central de la identidad cultural mapuche, nombre que significa “gente de la tierra”. Este pueblo ha avanzado desde fines de los noventa en una demanda de reconocimiento de su territorialidad, pero que también incluya el derecho a un desarrollo político, económico y cultural autónomo. Es decir, autodeterminación frente al Estado chileno, que penetra su realidad y la distorsiona para permitir la apropiación de las riquezas de su territorio. Chile ha sido severamente cuestionado en las organizaciones internacionales por permanentes violaciones a los derechos humanos contra el pueblo mapuche. La represión inaceptable que se vive en la zona de la Araucanía, la aplicación de la ley antiterrorista implementada en la dictadura y la muerte de un joven mapuche asesinado por la espalda a manos de Carabineros, son simplemente la evidencia de un fracaso en estas materias.

El cambio que triunfa para volver atrás

El candidato que ofreció un “cambio” para Chile, apenas resultó electo ha llamado reiteradamente a reeditar “la democracia de los acuerdos”, impulsada por la Concertación a comienzos de los 90 y en el marco de la transición. Sebastián Piñera no cesa de convocar a un gobierno de unidad nacional que se justificaría si hubiese una grave crisis

política o social, nacional o internacional. Pero no es el caso de Chile, que sólo va a enfrentar un traspaso de poder rutinario en las democracias. Por lo tanto, las declaraciones del Presidente electo sólo traslucen un temor real a que la gran mayoría de los chilenos no se sienta representada por él y se vuelque a la oposición. Después de todo, un voto de castigo a la Concertación no significa que la mayoría del pueblo de Chile se identifique con el pensamiento y los valores conservadores que caracterizan a la derecha.

A la captura del Estado

El pasado martes 9 de febrero, el Presidente electo, Sebastián Piñera, designó el gabinete ministerial que participará en sus tareas de gobierno. El perfil de los 22 nuevos ministros es acentuadamente representativo de la élite social y económica chilena: en ese grupo predominan los apellidos de linaje tradicional y los que han sido formados en colegios y en universidades de excelencia (17 son egresados de la Universidad Católica y más de la mitad tienen postgrado en el extranjero). Y un dato nuevo en el elenco ministerial que va a gobernar el Chile del bicentenario: varios ministros poseen inversiones e integran directorios de empresas relacionadas con sus carteras, lo que obligará a tomar medidas para impedir el conflicto de intereses.

- Ninguno de los ministros proviene de la educación pública, a la que Piñera ha prometido fortalecer.

- Otro dato inédito: el ministro de Salud es “socio” del Presidente electo en la propiedad de la clínica privada más exclusiva del país.

- De los tres ministros que fueron escogidos supuestamente para potenciar la representación de las regiones, dos han desarrollado su trayectoria en Santiago y Valparaíso. Y no hay nadie vinculado al norte de Chile.

- “El cambio” de Piñera puso punto final a la paridad de género impulsada por la Concertación para disminuir la brecha de desigualdad de acceso al poder entre hombres y mujeres. Al frente del SENAMA, encargado de promover a la mujer, puso a una ex-

perta en marketing, quien tendrá la voz y la representación de esa silenciosa mayoría de mujeres chilenas que son madres solteras, pobladoras y jefas de hogar.

- La heterogeneidad de este gabinete sólo se expresa en la variedad de los grupos económicos a los que representa y de los cuales formaron parte (esperemos que así sea) sólo hasta el momento de aceptar la llamada del Presidente electo.

En esta derrota real de la Concertación cabe preguntarse ¿qué papel desempeñó el éxito aparente de la Presidenta Bachelet, quien finalizará su mandato batiendo todos los récords de popularidad al alcanzar un asombroso apoyo ciudadano del 80 por ciento de aprobación? Así termina el primer gobierno de una mujer en 200 años de historia chilena, con la imagen de una madre protectora que cobija en su regazo los problemas de todos los ciu-

dadanos, pero cuyo fracaso real es que entregará la banda presidencial a la derecha, un hecho que no ocurría desde 1932: por primera vez una coalición de derecha gana las elecciones con mayoría absoluta.

Después de ver a un militante de la Concertación dos veces Ministro de Estado y alcalde de Santiago, sumarse al gabinete de Piñera, es más que nunca el momento preciso de preguntarse quiénes somos y meditar si el neoliberalismo económico no ha sido una identidad que tomamos prestada por demasiado tiempo y que terminó por desnudarnos cuando los auténticos neoliberales la exigieron de vuelta. Ahora la derecha chilena, que ha concentrado el poder económico, detendrá además el poder político. Por eso a partir del próximo 11 de marzo tendremos la oportunidad decisiva de saber quién es quién.

